



Cuatro fuerzas que me están acompañando en la enfermedad

José Luis Suárez

Con este escrito deseo compartir cómo he encarado mi enfermedad desde el primer día que ingresé en el hospital, el 17 de enero, hasta el día de hoy, 14 de abril, cuando escribo este testimonio. Cuando el equipo médico que me atendió en el hospital me comunicó que lo que tenía no era un simple resfriado, sino un tumor canceroso en el pulmón derecho y que debía ser tratado con quimioterapia, pensé en cómo debía enfrentar lo que me ocurría.

Desde los primeros días de mi hospitalización, descubrí cuatro fuerzas que me están acompañando hasta el día de hoy. El orden en que las enumero corresponde a como cada una de estas fuerzas aparecieron en los días de mi hospitalización. Estas cuatro poderosas fuerzas han estado presente en todo momento de la enfermedad y me han permitido vivirla de forma positiva y con esperanza.

Estas fuerzas han sido:

1. La contribución de la ciencia médica
2. Responsabilizarme de mi propia salud
3. Sentirme acompañado por otros
4. El milagro siempre es posible

1. La contribución de la ciencia

Vivimos en un emocionante momento en la historia de la medicina y de las ciencias médicas, donde cada día asistimos a grandes descubrimientos importantísimos acerca de la enfermedad y la salud. En la actualidad sabemos cosas sobre la base

genética y molecular de varias enfermedades. Contamos además con una elaborada y cada vez más numerosa colección de medicamentos para controlar numerosas enfermedades. Aunque queda mucho más todavía que desconocemos, la medicina se encuentra en numerosas ocasiones con limitaciones y muchas enfermedades cuyos orígenes son completamente desconocidos.

Mi estancia en el hospital me ha permitido constatar algunos de estos descubrimientos tecnológicos así como la profesionalidad y la dedicación tan esmerada de los profesionales de la salud hacia los pacientes.

La ciencia médica ha tenido un papel fundamental en el tratamiento de mi enfermedad, por lo que no puedo por menos que dar gracias a Dios por ella.

2. Responsabilizarme de mi propia salud

Desde que entré en el hospital, no asumí la forma tan común de hacer frente a una enfermedad grave, en la que la persona enferma no puede

hacer nada con un tumor cancerígeno como el mío y menos hacerse la pregunta: ¿Qué he hecho para merecer esto?

Creí en la gran capacidad de mi cuerpo (templo del Espíritu Santo, como dijo el apóstol Pablo hace dos mil años) para batallar y hacer frente al tumor y todos los efectos secundarios que podría tener la quimioterapia en mi cuerpo. Acepté el reto de usar mis recursos internos y mi capacidad para contribuir a la curación de mi enfermedad. Asumí que la recuperación de la salud en gran parte dependía de mi participación activa en el proceso de la curación. Esto no es otra cosa que enfrentar la enfermedad de manera positiva, siendo el sujeto activo de mi salud y colaborando con la medicina de forma que sus tratamientos fueran efectivos y tolerantes para mi cuerpo. La naturaleza, la historia de la humanidad, así como el funcionamiento de nuestro cuerpo nos enseña que la cooperación es una de las fuerzas más poderosas que existen en el universo ya sea para defenderse de un peligro como para conseguir logros.



También en este número:

La cruz del Hombre Bueno	3
Los que dejamos por el camino	4
Llamados a ser testigos	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: arrepentimiento	8

3. Sentirme acompañado por otros

Una noche me desperté en el hospital y me vino a la memoria la frase del escritor brasileño Paulo Coelho: «Cuando quieres algo, todo el universo conspira para que se realice tu deseo». Esta frase la relacioné rápidamente con los mensajes de apoyo, amor y oración recibidos hasta ese momento, de las personas que tenía cerca: mi familia, todos los miembros y amigos de la comunidad Menonita de Barcelona y en Cataluña y esa gran familia espiritual que tenía lejos, en todo el estado español, como en diferentes lugares del mundo.

Este acompañamiento de cerca y de lejos ha sido una fuerza desencadenante que ha tenido efectos en mi cuerpo, en mi estado de ánimo y en darme esperanza cuando mis fuerzas físicas flaqueaban y en mis perspectivas de futuro veía algunos nubarrones.

Siempre he creído en el poder del amor y la oración desde la distancia, pero experimentarlo de forma tan poderosa como me está ocurriendo no tiene el mismo significado.

Doy gracias a Dios por esta gran nube de testigos que se ha convertido en una fuerza poderosa en los momentos de debilidad, que me está permitiendo hacer frente a la enfermedad con muchas más fuerzas de las que yo dispongo.

4. El milagro siempre es posible

Desde hace ya muchos años, los hospitales están registrando casos de pacientes que han experimentado lo que se llama una «remisión instantánea». Se sabe de tumores que han sufrido una regresión o han desaparecido por completo incluso sin tratamiento médico alguno. La medicina lo desconoce casi todo acerca de por qué y cómo ocurren estos casos, por lo que lo llama *misterio*. La fe lo llama *milagro*.

El milagro de la curación espontánea siempre ha estado presente como posibilidad en la vida de los seres humanos a lo largo de la historia de la humanidad. Las palabras de Jesús: «Todo es posible para aquél que cree», nos recuerdan esta realidad.



Vivir teniendo en cuenta que el milagro es una posibilidad, es una poderosa fuerza que nos mantiene expectantes ante la siempre posible intervención milagrosa de Dios.

Todo es una unidad

En mi libro *Metamorfosis. La madurez cristiana en un mundo cambiante*, dedico un capítulo al tema de las paradojas de la vida. En él explico que todo pensamiento y acontecimiento puede ser examinado y vivido bajo múltiples miradas. El gran desafío de toda persona que quiere madurar consiste en vivir con este paradigma, que permite que nuestro horizonte se amplíe.

La enfermedad por la que estoy pasando me ha permitido tener estas diferentes y múltiples miradas para enfrentar lo ocurrido. Vivo confiando en cada una de estas fuerzas, que unidas, se complementan y colaboran en mi estado de salud y recuperación.

La combinación de la fe en la medicina y sus tratamientos, con fe en mí mismo, en el entorno y en la presencia de Dios, están siendo la fuerza que me sostiene en estos momentos difíciles de mi vida.

Vivo esta enfermedad sabiendo que todo lo que se experimenta de forma física, mental, emocional y espiritual, tiene una profunda repercusión en una enfermedad grave como la que estoy padeciendo. Esto me está permitiendo crecer y aprender, en lugar de quejarme y tener una mirada negativa hacia lo que me está ocurriendo.

Me queda pendiente descubrir cuál es el propósito de esta enfermedad. Soy una de las personas que están convencidas que todo acontecimiento tiene un propósito, que la mayoría de las veces desconocemos. Intentar descubrirlo puede ser una fuente de inspiración para una vida más plena y llena de sentido.

La cruz del Hombre Bueno

Julián Mellado

La crucifixión de Jesús de Nazaret siempre me ha impresionado desde que era niño. Viene a mi recuerdo un día cuando tenía 11 años en mi Bélgica natal, cuando mi profesora de religión nos expuso un cuadro de la crucifixión. Aquella imagen penetró en mi alma con una fuerza que todavía hoy me estremece cuando lo recuerdo. Y viene a mi memoria la pregunta que me hice entonces: ¿Por qué le hicieron eso a este inocente?

Cuando leo hoy los evangelios y llego a la parte de la pasión de Jesús, vuelvo a sentir ese impacto. Me vuelvo a estremecer. Mi lectura se vuelve más lenta, más reflexiva y más sentida. No importa las veces que habré leído una y otra vez los mismos pasajes. Algo me «atrapa», parece que me «traslado» a aquellos episodios y me siento confuso.

Las pasiones humanas se hicieron presentes en esas horas de horror, con una extraña intensidad. Pilatos y Herodes, que estaban enemistados, se «reconcilian» para unirse contra el Nazareno (qué reconciliación más extraña). Un gobernador que se lava las manos para no perturbar la voluntad popular. Unos sacerdotes que buscan a cualquier precio la condena de un campesino galileo. Unos discípulos que aunque le amaban, no pudieron resistir la presión y el terror del momento y huyen. Previamente otro de los discípulos, en un endiablado resorte de su mente, le entrega sin saber muy bien hasta dónde le llevaría su infamia —para después buscarse un árbol donde colgar su resentimiento, su traición y su dolor. Noche extraña la que precedió el crimen contra el Maestro, contra el mejor de los hombres que jamás pisara este planeta.

Llegó la mañana con las burlas, los escarnios, la indiferencia de muchos, la curiosidad de otros y el dolor de unas mujeres, que aunque fuera de lejos, querían ver qué le hacían a «ese hombre bueno» que tanto amaban. Parece ser que se fueron acercando hasta llegar a los pies de la cruz.

¿Y dónde estaría yo?
¿Dónde estarías tú?

Quizás huido por miedo a los violentos y con pesar por mi cobardía. Quizás indiferente como Pilatos, sumándome a la moda popular. Quizás enfadado con el Nazareno por no haber satisfecho mis expectativas. ¡Quién sabe!

En cambio si me hubiera quedado cerca de la cruz, habría oído un grito desgarrador desde las entrañas del Hombre Bueno. Un grito que penetraría mi alma y que haría eco de tantos gritos —de tantos otros crucificados que se sienten abandonados por Dios, por los otros, por la vida. Y a la vez, por un misterio que no puedo explicar, por una intuición extraña, presentiría que en ese crucificado había algo sublime: la impresión de que no lo pudieron atrapar, que murió siendo el Hombre libre y liberador.

Era tan libre, que ni aun en ese momento consiguieron que odiara a sus torturadores. Dicen que le oyeron pedir al Padre que no les tomara en cuenta lo que hacían, pues en realidad no sabían...

Y los hombres siguen haciendo lo que saben. Sigue habiendo dolor, crucificados, abandonados. Lo peor de la escena es ese silencio de Dios que no hizo nada por el Hombre Bueno. O quizás sí lo hizo y no lo percibimos. Quizás el Padre estaba en ese grito de



Jesús, en ese grito de abandono. Sin dejarlo sólo, ahí estaba su *Abba*. ¿Acaso podía estar en alguna otra parte?

La cruz, lugar de encuentro de lo humano y lo divino, donde todos nuestros saberes se derrumban y empezamos a comprender otras cosas.

Pasaron las horas, y en Jerusalén surgió un rumor, anunciado por aquellas mujeres: La muerte había muerto.

Los que dejamos por el camino

Dionisio Byler

Con el paso de los años empiezo a darme cuenta que probablemente sea condición inevitable de la humanidad —desde luego parece ser condición inevitable mía— el que fastidiemos relaciones con nuestra falta de sensibilidad. Falta de sensibilidad por el prójimo que en el fondo es también, seguramente, una falta de amor.

Me molesta que no hace falta —no necesariamente— tener malas intenciones o estar deseando hacer un mal a nadie y sin embargo... actuamos y hablamos de maneras que hieren; dejamos ver actitudes que no son en absoluto las necesarias para promover y conservar buenas relaciones. A veces las buenas intenciones son las que más nos traicionan, porque la bondad de las intenciones nos ciega a la realidad de los juicios que emitimos con demasiada prisa, la condena del prójimo —o al menos de sus actos— sin conocer sus motivaciones ni su historia personal que lo ha llevado a ese punto.

Cuando nuestras buenas motivaciones nos inducen a dividir las cosas a rajatabla entre el bien y el mal, entre lo que aprobamos y lo que condenamos, es fácil perdernos la realidad de cómo se viven las cosas desde el punto de mira del otro. Pensamos que estamos defendiendo «el bien» cuando tal vez lo que estamos defendiendo es un bien parcial, un bien interesado,

un bien según para quién, un bien que ignora o pasa por alto otros males tal vez peores pero que por algún motivo no nos alarman con la misma intensidad.

En el caso mío, he herido a personas queridas toda la vida. Además de herir, lógicamente, a personas que no he sabido querer. Normalmente he herido sin desearlo, sin procurarlo... pero tampoco importándome demasiado. Y en el caso mío, mi forma habitual de herir es con las palabras. Sin duda las palabras que pronuncio y el tono de voz que empleo para pronunciarlas, pero es probable que especialmente mis palabras escritas.

Edificar y derribar

Me resulta extraño, inmensamente inquietante que esta capacidad para expresarme con palabras, don del Espíritu para predicar el evangelio, don de escribir para edificar a miles de lectores, sea también mi piedra de tropiezo. Que así como por el Espíritu puedo emplear palabras con gracia para edificar, tengo también poder para destruir y derribar con palabras.

Me quedo perplejo, atónito. No soy consciente de haber buscado ni deseado ese poder para destruir. Y acabo por sospechar que el potencial para edificar y bendecir tiene una especie de «lado oscuro» o subsuelo

Pienso que el Señor es extraordinariamente atrevido y arriesgado, para derramar por el Espíritu sus dones sobre la humanidad, sabiendo que esos dones seguramente serán utilizados para bien pero también para mal.

de tinieblas. Es como si fuera una especie de espejo de la espiritualidad, donde la izquierda es la derecha y cuando quieres mover una mano hacia un lado, la imagen en el espejo la mueve en el sentido contrario. Y donde ese potencial para edificar y bendecir se transforma en potencial para derribar y maldecir.

Observo esto mismo en mi lectura de la Biblia, donde muchos de los más insignes protagonistas de la historia sagrada avanzan a pasos agigantados en la voluntad de Dios... Pero en el momento menos pensado los ves actuando por la siniestra, deshaciendo en oscuridad lo que habían hecho en luz. Tal vez debería consolarme pensando que si les pasaba a ellos por qué no me iba a pasar también a mí. Pero no me consuela; contribuye a mi turbación y perplejidad.

Pienso que el Señor es extraordinariamente atrevido y arriesgado, para derramar por el Espíritu sus dones sobre la humanidad, sabiendo que esos dones seguramente serán utilizados para bien pero también para mal. El Señor parece un ludópata que juega sin poder parar, que apuesta y vuelve a apostar por la humanidad, a pesar de las muchas veces que ha perdido la apuesta. Y ahora en los años de mi existencia ha apostado por mí y tiemblo al considerar que no sea una apuesta segura, que tal vez conmigo también pierda.

¿Personas obstáculo?

Me duelen en el alma los que he dejado por el camino. Personas que





por mi obcecación por ser «profético» y «fiel», dejé de considerar como seres humanos con toda la riqueza de su complejidad personal, sus propias motivaciones acaso tan buenas como las mías aunque sí, tal vez fuera cierto que erraban. Los empecé a ver sencillamente como «estorbos a la voluntad de Dios», como si la voluntad de Dios fuera algo tan sencillo y tan fácil de discernir que hasta yo —especialmente yo— la podía ver con claridad.

Cada vez que he empezado a ver a la persona como «un problema» o «un obstáculo», el problema y el obstáculo he acabado siendo yo. Porque mi misión en esta vida —en realidad la misión de todos nosotros los seguidores de Cristo— es traer gracia y bendición y luz y vida, no cerrar puertas ni despertar enemistades.

Aunque al mencionarlo parezca querer darme más importancia que la que es justa, he sido objeto de ataques públicos en algunos medios evangélicos. He sido descalificado como falso maestro, me han tachado como uno de los peligros que debe saber sortear el protestantismo español. Sabiendo cómo se vive cuando te descalifican, debería ser especialmente sensible para no caer en la misma conducta yo. Y sin embargo en mi camino por la vida he caído yo también en esto.

No se me borran del recuerdo algunos episodios especialmente tristes. Recuerdo una vez, por ejemplo, cuando atacué con la palabra impresa, en tono jocoso con algunas

ocurrencias que me parecieron graciosas, un artículo de interpretación bíblica. Por el nombre extranjero del autor y otras pistas, supuse que el artículo era una traducción y que quien lo escribió jamás se iba a enterar de mis críticas. Cuando algún tiempo más tarde conocí al autor —sí, se encontraba ahora en España y había leído lo que escribí— yo no sabía adónde esconderme. ¡Ay, Señor, si al menos hubiera empleado otro tono para hacer constar mis diferencias!

Quisiera, si se me permite, universalizar un poco: Tengo que suponer que cada cual ha dejado su propio reguero de relaciones dañadas —tal vez sin posibilidad ya de reconciliación— a lo largo de la vida. Supongo que esto que me pasa nos pasa más o menos a todos. Cada cual a su manera. Cada cual tiene su propia forma de herir, su propia manera de ser insensible, de descalificar al prójimo. Cada cual tiene sus propias motivaciones y justificaciones, pero no creo que lo mío sea especialmente raro.

¿Qué vamos a hacer?

Hermanos, hermanas, ¿qué vamos a hacer?

Aquí, para lo que valga, me atrevería a ofrecer un testimonio: Siempre que me he dado cuenta que he tratado mal a alguien, que he faltado el respeto, he herido, he descalificado, me he burlado... siempre me he sentido mal. El Espíritu en mi interior se escandaliza, se ofende, me reprende. Pero a la inversa, jamás que me haya humillado para pedir perdón, me he sentido mal. Siempre que he reconocido ante él o ella que mis actitudes y palabras han herido y han creado un obstáculo en la relación, el resultado ha sido sentirme más limpio, más en paz con mi Dios. Si luego para colmo de bienes, la persona me perdona, me ha parecido estar casi en el Paraíso. El Espíritu de

Dios en mi interior se regocija. Al final, ¡qué fácil había sido! El que se humilla será levantado, pero el soberbio será abatido en su altivez. ¡Si ya lo dice la Escritura!

Tal vez haya excepciones a la virtud de disculparse. Cuando hay diferencias notables de poder y «autoridad» en una relación, donde una persona con inmenso prestigio y reconocimiento abusa de su condición de preeminencia sobre otros, es imprescindible que la persona «inferior» rompa el vínculo de esa relación y dependencia para poder seguir su propio camino. Es esencial, para poder seguir madurando como persona, sin estar sometido a la tutela de otro ser humano que se cree quién para dictarle cómo vivir. El proceso de recuperar un espacio propio para madurar como persona suele ser difícil. Es «ley de vida» que casi nadie, nunca, deja en libertad por las buenas a las personas que tenía dominadas. Si en el transcurso de ese distanciamiento el «inferior» hiere la sensibilidad del «superior», sería contraproducente y perjudicial dar media vuelta y disculparse. Esta es una situación muy concreta y especial; y tal vez sea un caso de la famosa «excepción que confirma la regla general».

Ahora bien, hecha esta aclaración o puntualización, quisiera terminar insistiendo que como norma general, ser humilde y reconocer que uno ha estado mal, tiene importante ventaja. Ventaja en tranquilidad interior y paz con Dios, así como ventaja para ayudar a reconstruir la relación perjudicada. Arrepentirse y pedir perdón no es nunca lo que nos pide el cuerpo, pero suele ser lo que nos pide el Espíritu, si estamos dispuestos a escuchar. Puede que sea difícil, pero en absoluto es imposible. Enseñarnos a vivir vidas de arrepentimiento es, de hecho, uno de los efectos más notables del evangelio.

Al final, ¡qué fácil había sido! El que se humilla será levantado, pero el soberbio será abatido en su altivez. ¡Si ya lo dice la Escritura!

Llamados a ser testigos

La única forma de compartir el evangelio con otros, es relatando lo que ha significado para uno personalmente. Si fuera cuestión de compartir un credo para que la gente lo aprenda de memoria, se podría fabricar una multitud de robots para esos efectos. Pero el Cristo viviente sólo se puede compartir con referencia a la experiencia humana. Por eso Jesús escogió la palabra «testigos» para indicar la tarea que encomendó a sus seguidores: «Y me seréis testigos...» (Hch 1,8).

Los procesos judiciales nos familiarizan con el término *testigo*. Un testigo es alguien que ha visto, oído o hecho algo que es pertinente al caso y que está obligado a declarar la verdad de lo que sabe. Jesús dijo a sus discípulos: «Vosotros también debéis testificar, porque habéis estado conmigo desde el principio». Durante tres años estos discípulos convivieron con Jesús; y al conocerle, habían llegado a conocer a Dios. Podían declarar con convicción, porque hablaban de su experiencia de primera mano, que Jesús era el Hijo de Dios enviado al mundo para salvar a todo el mundo y que sufrió, murió y se levantó de la muerte.

Pero, ¿qué puedes contar tú?

Tú y yo, sin embargo, no hemos tenido esa experiencia de primera mano con Jesús en su vida terrenal. Y sin embargo, nosotros también hemos de ser testigos. Pablo no había conocido a Jesús como lo conocían los doce, pero dio testimonio con claridad sobre el poder salvador de la muerte y resurrección de Jesús. La fe inquebrantable de Pablo se basaba en el hecho de que el Salvador, que él conoció en el camino a Damasco, había llegado a ser para él una persona real y viviente que le cambió la vida. Cristo vivía dentro de Pablo y le daba poder para vivir y dar testimonio de Dios. Con Cristo, Pablo disfrutaba de una comunión que satisfacía más que la de cualquier amistad en el mundo. Como tenía esa experiencia, Pablo podía dar un testimonio tan convincente acerca de Cristo, como el de los discípulos originales.

Un testimonio así lo puede dar cualquiera que conozca de verdad a Cristo y que está viviendo en Cristo. Como dice Robert Coleman, autor de *The Master Plan of Evangelism*: «En su naturaleza fundamental, todo cristiano auténtico es continuamente un milagro ambulante». El milagro de Dios en nuestras vidas es la historia que podemos contar.

Un testigo, no un vendedor

Un testigo en un juicio no se elige por lo bien que habla ni por tener una personalidad que arrastra, sino por su conocimiento o experiencia que aporta al caso. Un testigo no necesita ser un buen vendedor o vendedora. Lo único que necesita es que cuente la verdad de lo que conoce. Eso es lo que nos pide Dios: que contemos con sencillez a otros, lo que hemos hallado en Cristo.

A muchos nos costaría ser vendedores, no importa de qué. Fracasaríamos si tuviéramos que ir de vivienda en vivienda tratando de vender artículos de limpieza, libros o electrodomésticos. Cuánto más, entonces, nos intimidaría tener que vender a perfectos desconocidos algo tan poco popular como la religión. Hay libros con «pasos sencillos para ganar almas», pero no nos lo ponen más fácil. El caso es que los buenos vendedores conocen una máxima: «La mejor publicidad es un cliente satisfecho». Ninguno de nosotros es tan tímido que no se atreva a explicarle a sus amigos las virtudes de su coche nuevo, tan tímida que le cueste contarle a la vecina el maravilloso producto para quitar manchas que ha descubierto en una tienda. Cuando hacemos esto no sentimos que estamos invadiendo la intimidad de nadie. Compartir esa clase de novedad es hacerles un favor, no es una intromisión. [...]

El poder del Espíritu

Salvar al mundo no es nuestra responsabilidad. Puestos al caso, no podemos salvar ni a una sola persona,



ni podemos hacer que nadie sienta que necesita un Salvador. Esa obra le corresponde al Espíritu Santo. La convicción que genera arrepentimiento, fe y conversión, es un milagro del Espíritu de Dios, que ninguna presión ni esfuerzo humano puede duplicar ni garantizar que suceda. El contacto mejor trabajado del mundo jamás conseguirá nada si es solamente una conversación entre dos. El tercer participante invisible, el Espíritu Santo, es quien lo hace todo.

Podemos descansar enteramente en el Espíritu Santo para que prepare a las personas que han de recibir nuestro testimonio de Cristo. Podemos confiar que nos guiará a oportunidades para testificar, a ser sensibles a las oportunidades, a prepararnos para hablar. Esto significa que tenemos que vivir en una comunión íntima e ininterrumpida con Dios, para estar alertas constantemente a su guía. Conocer esta dependencia nos lleva a orar por nosotros mismos y por aquellos a quienes sentimos que debemos testificar.

Párrafos traducidos de *Witness. Empowering the Church*, por A. Grace Wenger, Dave & Neta Jackson (Scottsdale y Kitchener: Herald, 1989), pp. 37-39

Noticias de nuestras iglesias

El EME 2014 se organiza

Burgos, 13 de abril — Se ha puesto en marcha un plan para organizar el próximo Encuentro Menonita Español (EME) en la ciudad de Burgos. El EME 2014 se celebrará los días 5-8 de diciembre (aprovechando las festividades del sábado 6 y lunes 8). Un grupo de voluntarios se reunió en Burgos el domingo por la tarde, 13 de abril, para empezar a organizarlo.

Este año, habrá varias novedades en comparación con EME anteriores.

En primer lugar, se ha atendido al clamor que se reitera al final de cada EME, en la sesión de evaluación: alargarlo un día más. Hasta ahora los pastores y líderes de AMyHCE se venían resistiendo a ello, conocedores del sacrificio económico adicional que ello supone para nuestros miembros. Aceptando ahora el reto, esperamos que este día adicional nos ayude a forjar amistades entre los miembros de las diferentes comunidades y nos brinde algunas horas más de ocio e interacción informal. Pero que también nos permita desarrollar un programa de edificación cristiana más completo (y sin tanta presión del reloj).

Otra novedad tal vez no lo sea tanto: el segundo EME, hace unos veinte años, fue también en Burgos y las reuniones y actividades se celebraron en el local de reuniones de la iglesia. Los visitantes de otras ciudades fueron alojados en casas o bien se alojaron en hoteles. En esta ocasión las reuniones y actividades se celebrarán en el Centro Cívico Evangélico (sede de la iglesia) y se ha contratado un hotel muy próximo con plazas para 100 personas, que confiamos que será suficiente para los visitantes (los de Burgos dormirán en casa). Todos los participantes —incluso los de Burgos, naturalmente— comerán juntos al mediodía.

El hallazgo del hotel y algunas ideas sobre cómo organizar la comida cada día —amén de otras muchas labores de infraestructura durante el transcurso del EME— aprovechan la enorme experiencia y capacidad de



Grupo reunido en Burgos para poner en marcha un plan de organización y gestión del próximo EME 2014.

gestión de los jóvenes, que desde que nos instalamos en nuestro local actual, vienen organizando actividades que han atraído a muchos jóvenes de otras ciudades.

El proceso de inscripción, que en algunos EME ha sido difícil y se ha visto frustrado regularmente por la negligencia de asistentes que lo van dejando para la última hora, se hará ahora con suma facilidad rellenando un formulario en internet. La inscripción no se dará por finalizada hasta que se ingrese el pago, para evitar tener que ocupar tiempo y energías manejando dinero durante el propio retiro. Para agilizar el proceso y simplificar la asignación adelantada de habitaciones en el hotel, habrá incentivos económicos a la inscripción precoz —cuanto antes, mayor la ventaja.

El día adicional y la celebración en la propia ciudad de Burgos, brindan una oportunidad especial de conocer —durante unas horas el sábado y también el domingo— el atractivo turístico de la ciudad. Entre otras cosas, se piensa organizar un paseo por el centro peatonal de la ciudad una noche. Además de su encanto habitual, en esas fechas estará funcionando la iluminación navideña, lo cual dará aún más brillo y colorido a la experiencia. Y desde luego, no faltará quien quiera probar las excelencias de la gastronomía burgalesa, degustando

algunas tapas típicas a lo largo del recorrido del paseo.

La reunión del 13 de abril se centró en detalles de gestión, organización e infraestructura. En el futuro procuraremos ir informando de otros tipos de detalle. El tema general y un texto bíblico orientador ya se anunció en El Mensajero de abril. Pero habrá en breve novedades sobre predicadores, talleres, etc. —todo ese contenido de edificación cristiana que no puede faltar. Desde luego podemos adelantar que como el Espíritu es fiel, en cuanto empecemos a alzar nuestras voces en cánticos y alabanzas, caerá sobre todos nosotros la gloria de la Presencia del Señor. Eso no lo promete la organización. Lo promete el que dijo que: «Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre...» [D.B.]

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

arrepentimiento — Existen en hebreo moderno dos o tres términos que captan la idea psicológica de nuestro término **arrepentimiento** como sentimiento de vergüenza o compunción por lo que uno ha hecho, o bien sufrir miedo o ansiedad por las consecuencias o castigos que pueden generar. El término griego *metanoia* describe un cambio de actitud o de opinión, tal vez un cambio en la mentalidad entera u orientación vital de la persona. En el hebreo bíblico, sin embargo, la palabra es *shuv*, «regresar».

Esta idea, la de *regresar*, es seguramente el sentido más interesante del concepto bíblico de arrepentimiento. Como Jesús y los apóstoles eran judíos formados en el conocimiento de la Biblia hebrea hay que suponer, además, que la idea de *regresar* es la que tenían en mente ellos cuando hablaban de arrepentirse.

¡Volved ¡Regresad! —es en primera instancia una invitación que extiende continuamente el Señor. Es el anhelo que se adivina en el padre del hijo pródigo —que Jesús nos deja como ejemplo de cómo es Dios. Cuando divisa a su hijo en la distancia, sale corriendo a su encuentro y lo abraza, sin esperar a oír el discurso de disculpas que había venido ensayando el hijo por el camino. El padre no necesita oír *palabras* de arrepentimiento porque ha presenciado el *acto* de arrepentimiento: el regreso al hogar y al abrazo paterno.

Nuestro concepto habitual de **arrepentimiento** nos remite al interiorismo de la conciencia o de los temores por los castigos que puedan caer. Nos habla de la psicología personal, de los temores y los remordimientos y la vergüenza y el deseo de haber actuado de otra manera. El punto de referencia somos siempre nosotros mismos. Somos objeto y sujeto del estado mental de arrepentimiento.

El concepto bíblico de *regresar*, sin embargo, es mucho más rico porque es relacional. Nos habla de distanciamiento en la relación. Nos

habla de cosas que decimos o hacemos que nos van separando, van levantando barreras, apartan a los que antes habían sido muy próximos, tal vez íntimos en amistad.

Cuando las relaciones se distancian, siempre hay alguien que va a tener que asumir el riesgo de la aproximación, del *regreso*. En la relación entre Dios y nosotros cualquiera de los dos podría, en teoría, *arrepentirse*, es decir, *volver* donde está el otro para empezar el proceso de acercamiento que devolverá la intimidad perdida.

Podría ser Dios. ¿Pero de dónde tiene que volver Dios? ¿Acaso es él la parte que se ha distanciado, que ha ido levantando barreras, ha ido enfriando la relación? ¿Acaso se ha ausentado de nuestras vidas porque tenía otros intereses más interesantes que el de nuestra amistad y compañía?

Si no es Dios el que se ha distanciado, entonces tendremos que ser nosotros los que desandemos el camino andado, regresemos por donde nos habíamos marchado, tomemos la iniciativa para acercarnos. Es decir, nos va a tocar a nosotros **arrepentirnos**: Volver a Dios. Como el hijo pródigo, tal vez descubramos que nuestra independencia no es todo lo maravillosa y placentera que nos la habíamos imaginado. Tal vez nos toque tragar un poco de orgullo y autosuficiencia y admitir que la relación con Dios nos proporciona una protección y provisión y seguridad que nosotros solos no conseguimos. Que nosotros solos... al final, lo que estamos es solos.

Y sin embargo la Biblia no duda en atribuir a Dios también el **arrepentimiento**, el *regresar*. Esto lo vemos especialmente en relación con el tema de la ira de Dios. Por nuestra torpeza o rebeldía, ignorancia o maldad, la humanidad —incluso el propio pueblo de Dios— puede despertar la ira divina. Pero la Biblia da testimonio de diferentes ocasiones cuando el clamor a Dios de quienes sufren su ira y las consecuencias nefastas de sus propias acciones rebeldes, hacen que Dios *regrese*. Que abandone su distancia-

miento emocional y los vuelva a admitir a su intimidad. Aquí tal vez haya que pensar en la relación de un padre o madre con sus hijos muy pequeños, de edad preescolar. Uno se puede enfadar, puede hasta castigar. Pero al final los llantos del niño doblégan esa ira y acabas tomándolo en brazos y brindándole tantos mimos y afecto como antes sufrió tu distanciamiento emocional y tu castigo. Sí, Dios también **se arrepiente**: también *vuelve* a nosotros.

Esta idea relacional del **arrepentimiento** como *regresar*, es lo que hay que tener en mente en textos como el emblemático del primer capítulo de Marcos, que describe el inicio de la proclamación del evangelio:

Cuando Juan fue arrestado, salió Jesús por Galilea anunciando la buena noticia de Dios. Decía:

—El tiempo se ha cumplido y el reinado de Dios se ha acercado: Regresad y sed consecuentes con la buena noticia (Mr 1,14).

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org